

Nación, cultura e intelectuales en las interpretaciones del joven Jorge Abelardo Ramos*

Marcelo Summo

Introducción

En América Latina el recorrido histórico del debate en torno al tema de la nación posee raíces muy profundas que se remontan a los tiempos independentistas. A través del devenir de los años y, especialmente, en los momentos de crisis, ciertos sectores vinculados a los espacios culturales, intelectuales y políticos tuvieron esa cuestión como preocupación fundamental. La problemática que a esta compete excede los estrechos límites de los Estados-nación, se relaciona con los problemas de la cultura y los intelectuales y abarca tiempos y espacios más amplios, pues se remonta a los propios orígenes del concepto signado por una polisemia que derivó en matrices disímiles de nación. No ha de extrañar, entonces, que los intentos por definirlo hayan llevado más a discusiones que a coincidencias. Determinar sus criterios objetivos y subjetivos, su origen y su funcionalidad ha generado múltiples explicaciones y modelos, como así también la negativa de una definición.

En el seno del marxismo, las discusiones sobre el problema de la nación se remontan al siglo XIX, cuando se desarrollaron en las obras de Marx y Engels las primeras interpretaciones sobre el Estado-nación y el nacionalismo. Los trabajos que se abocaron al análisis de tales tópicos en la obra marxiana y marxista coinciden en señalar que no existió en ellas una teoría acabada o un pensamiento

* El trabajo retoma algunas consideraciones que fueron abordadas en la tesis de maestría defendida en julio del 2009 para optar por el título de Magíster en Historia por la Universidad Nacional de Tres de Febrero

sistemático al respecto.¹ En ese sentido, la obra de Jorge Abelardo Ramos, tributario de esa tradición, no ha resultado una excepción.

Nuestro trabajo se ocupará de dichos problemas circunscribiéndolos al análisis de las interpretaciones que Ramos realizó al respecto en un momento específico de su itinerario político-intelectual, el que se refiere al período 1951-1955, años en los que colaboró activamente en la prensa escrita del peronismo.² Nos proponemos explorar la matriz político-intelectual que este elaboró para pensar la realidad latinoamericana y el proceso histórico en el cual se inscribe. En ese sentido, nuestros objetivos específicos son los de analizar sus interpretaciones en torno a la “cuestión nacional latinoamericana”, el problema de la cultura y el rol de los intelectuales para las colonias y “semicolonias” que componen la región. Las fuentes que analizamos son sus artículos periodísticos publicados en los diarios *La Prensa* y *Democracia*, en los cuales se expresa su adscripción, en términos de un “apoyo crítico”, a los regímenes caracterizados por él como “revoluciones nacionales”, entre ellos el justicialista.³

El énfasis del estudio no se encuentra en sus “grandes textos” del período –los cuales también se atienden a los efectos de detectar continuidades y rupturas en su producción–, sino en un conjunto de escritos breves publicados en sendos medios masivos de comunica-

¹ La literatura es sumamente vasta e inabarcable. Para el cotejo de distintas interpretaciones sugerimos la lectura de Bloom (1975); Davis (1972); Haupt, Löwy y Weill (1982); Löwy (1998); Levrero (1979); Rodolsky (1980) y Mármora (1986). Para una interpretación de las consecuencias de las reflexiones de Marx sobre la nación en referencia con América Latina véanse Aricó (1988) y Dussell (1990).

² Bajo el seudónimo de Víctor Almagro nuestro autor publicó en el diario *Democracia* entre los meses de diciembre de 1951 y septiembre de 1955, mientras que, como Pablo Carvallo, hizo lo propio en *La Prensa* entre marzo de 1952 y octubre de 1953. Su participación en *Democracia* tuvo un carácter mucho más prolífico que en *La Prensa*. Mientras que en *Democracia* sus artículos aparecieron a diario de manera regular y casi sin interrupciones, en *La Prensa* lo hicieron eventualmente y de forma esporádica. Por otra parte, su visibilidad como publicista fue mucho mayor en *Democracia*, donde sus textos se publicaban en la primera plana, que en *La Prensa*, donde aparecían al interior del suplemento cultural. Además, en el mismo período, Ramos colaboró esporádicamente en los diarios *El Líder* y *El Laborista* (también controlados por el peronismo) con el seudónimo de Mamburú. Respecto de las vicisitudes del ingreso y la modalidad de colaboración de Ramos en *Democracia* y *La Prensa* véanse Summo (2010) y (2011). Sobre su ingreso y su participación en *El Líder* y *El Laborista*, véanse Tarcus (2007), 547-549; Galasso (1983), 79 y (2007), 185-187.

³ Sobre el suplemento cultural de *La Prensa* en el contexto del “peronismo clásico”, véase Rein y Panella (2013), 17-49. Respecto del lugar y el rol de los medios masivos de comunicación y los matices de la estrategia mediática del justicialismo durante el mismo período, véanse Sirvén (1984); Ford y Rivera (1985), 24-45; Ulanovsky (2005), 95-167; Plotkin (2007), 313-316; Da Orden y Melon Pirro (2007) y Rein y Panella (2008).

ción entendidos como derivaciones, a manera de estribaciones laterales, de una mirada cargada de núcleos problemáticos bien definidos: la política cultural “imperialista” y, con relación a esta, el papel de los medios de comunicación, las ciencias sociales, el indigenismo, el idioma y los intelectuales en las sociedades periféricas. Sostenemos que el joven Ramos no cuenta en su matriz político-intelectual con una teoría acabada de la nación latinoamericana, sino más bien con un conjunto de aproximaciones interpretativas, que aparecen en su obra, la mayoría de las veces, bajo la forma de una tensión teórica. Nuestro autor iría pensando el problema de la nación en paralelo al de la cultura y los intelectuales, a la vez que ajustando o modificando sus interpretaciones en la medida en que variaba su orientación política frente a las diversas coyunturas. Por último, en la medida en que revisa y critica la tradición⁴ marxista para pensar la realidad latinoamericana, Ramos transita un camino político-intelectual que lo conduce a la fundación, junto a otros autores, de una nueva tradición teórico-política, la de la posteriormente llamada “izquierda nacional”.

La literatura se ha ocupado de estudiar la matriz político-intelectual que desarrolló Ramos posicionándose a priori en sus interpretaciones según afinidad o antipatía con respecto a él en tanto personaje político. Nos referimos a trabajos escritos desde una perspectiva militante, que, por lo general, han tendido a sobrevalorar o infravalorar su labor. No obstante ello, consideramos que, en tanto fuentes, tales estudios resultan insoslayables, puesto que aportan información o reflexiones sobre todos aquellos temas “menores” que habitualmente quedan fuera de las historias tradicionales: datos biográficos, influencias intelectuales, itinerarios políticos, vínculos con otras figuras, etc.⁵

A partir de investigaciones más recientes, referidas al análisis de diferentes aspectos del espacio político-intelectual latinoameri-

⁴ Utilizamos el término en la acepción de “tradición selectiva”, según Raymond Williams. Véase Williams (2009), 158-174.

⁵ La literatura al respecto es sumamente vasta. Entre los que comparten una tendencia a la sobrevaloración de nuestro autor pueden consultarse, a modo de ejemplo, los trabajos de Galasso (1983) y (2007); Guerberof (1985); Spilimbergo (1974); Madariaga (1969); Methol Ferré (1961). Por otra parte, entre los que tienden a infravalorar la labor de Ramos se encuentran, también a modo de ejemplo, trabajos como los de Frondizi (1956); Justo (1957); Peña (1974); González (1995) y Coggiola (2006).

cano y argentino en diversos períodos históricos, se plantean nuevos enfoques explicativos. Se trata de trabajos académicos que tienden a pensar a los actores intelectuales como constituidos por una coyuntura histórica, por una colocación institucional y social y por una discursividad. Estos prestan atención de manera crítica a los núcleos ideológicos conformados en el espacio cultural regional y del país y a la articulación de estos con las prácticas políticas, lo cual produce efectos ampliados de cultura.⁶ Retomando unos y otros aportes se intenta profundizar en un aspecto poco explorado de la vida política e intelectual de nuestro autor: el que se refiere a su producción periodística entre los años 1951 y 1955.⁷

Una matriz intelectual en construcción

Jorge Abelardo Ramos tuvo un acercamiento muy temprano al marxismo, tanto teórico como político, apenas finalizada su adolescencia e iniciada su madurez personal. Autodidacta, su formación respondía relativamente a la de un marxista clásico. Si bien contaba con preparación en historia y economía, poseía además conocimientos y preocupaciones estéticas. En ese sentido, a la vez que pertenecía a una generación de hombres diferente a la de *Contorno*, sus preocupaciones teóricas en cuanto a esto último lo emparentaban marginalmente con la figura de intelectual que esta representaba. Por ello, al interior de la trama cultural de la época podría ser ubicado en un lugar intermedio entre la izquierda tradicional y la *nueva izquierda* en formación, ya que con sus interpretaciones —que muchas veces partían de los paradigmas de la primera— contribuyó a la conformación del espacio temático de la segunda. A diferencia de otros intelectuales enrolados en las distintas corrientes ortodoxas del trotskismo vernáculo, Ramos se mantuvo notoriamente atento y dedicado a la problemática cultural. La desigualdad resulta más que

⁶ A modo de ejemplo pueden consultarse los trabajos de Terán (1993); Sigal (2002); Altamirano (2001); Tarcus (1996); Acha (2006); Funes (2006) y Graciano (2008).

⁷ Cabe señalar que no hemos encontrado estudios académicos que se refieran al análisis del conjunto de la producción del Ramos publicista, con lo cual consideramos que existe un vacío historiográfico al respecto. He ahí la relevancia del trabajo a realizar. Los estudios en que se analizan desde esa perspectiva diferentes momentos de su trayectoria político-intelectual y su producción teórica se centran más que nada en su producción como historiador y no tanto a su rol como periodista o analista político. Al respecto, véanse los trabajos de Devoto (2004), 107-131 y Halperin Donghi (2005), 11-45.

evidente si lo comparamos con la exigua atención que los problemas y la dimensión de la cultura convocaba en hombres como Esteban Rey, Aurelio Narvaja, Enrique Rivera, Nahuel Moreno, J. Posadas o Miguel Posse. Comprometido intensamente con la actividad militante y con las urgencias diarias del quehacer político, hasta 1953 no se había dedicado a trabajar específicamente en ese terreno. Mientras que en la revista *Octubre* (1945-1947) prácticamente no se refería al tema, en su libro *América Latina: un país* (1949) lo hacía solo de manera tangencial, denunciando políticamente a los intelectuales que no habían sabido comprender al peronismo al momento de su emergencia en tanto genuina expresión de la “cuestión nacional” en el país: “La intelectualidad se convirtió sin esfuerzo en una cínica apologista del imperialismo”.⁸ El cambio sustancial comenzó a prefigurarse al poco tiempo de su ingreso como colaborador en diarios como *Democracia* y *La Prensa* y a la vez coincide temporalmente con la realización de su acuerdo político con el grupo *Frente Obrero*, que se expresaría a través de su participación en el *staff* de la editorial Indoamérica.⁹

Ramos publicó regularmente en *Democracia* entre el 26 de diciembre de 1951 y el 14 de septiembre de 1955. Sus textos aparecían por lo general en primera plana, en la parte inferior izquierda del periódico y compartían cartel con otros que semanalmente suscribía un tal Descartes, que no era otro que el mismo Presidente de la República. Con ese seudónimo, Perón publicó, por lo general semanalmente, sus trabajos también en primera plana, pero en la parte superior, arriba y a la derecha de los de Ramos. Tanto Perón como Ramos comenzaron a colaborar en *Democracia* en un momento en el que el régimen justicialista pretendía relanzar la *propagandizada* “revolución nacional” que decía estar llevando adelante desde 1946,

⁸ Ramos (1949), 185.

⁹ Véase Galasso (1984), 74-76. Cabe señalar que, a partir del ingreso de Ramos a Indoamérica, comenzarían a aparecer recurrentemente en *Democracia* detallados recuadros publicitarios que anunciaban los lanzamientos de la editorial y sus libros que se encontraban a la venta, como así también críticas de carácter elogioso (la mayoría firmadas con el seudónimo Belgo), referidas a los trabajos publicados por esta. En ese sentido, merece destacarse la realizada a *El porvenir de América Latina*, de Manuel Ugarte. Véase *Democracia*, 17 de septiembre de 1953, 7. Allí, Belgo destacaba la importancia del prólogo “extenso, sagaz, polémico” de Ramos y entroncaba la tradición latinoamericanista reivindicada por Ugarte con el pensamiento y las realizaciones del gobierno de Perón. Sobre lo afirmado, pueden consultarse los números de *Democracia* a partir del 27 de agosto de 1953 hasta mediados de septiembre de 1955.

emparentada, desde una perspectiva antiimperialista, histórica y política, con otros procesos que se estaban sucediendo también en la periferia del planeta. En ese sentido, tanto uno como el otro se ocuparían de difundir en el matutino sus interpretaciones respecto a estos temas, otorgándoles una relevancia significativa en tanto luchas por la autonomía y la libre determinación frente a las potencias.¹⁰

El año 1951 resultó clave tanto para dicho relanzamiento como para la continuidad del peronismo en el poder ya que, en tanto fuerza política gobernante, este fue puesto a prueba en las votaciones del 11 de noviembre. En estas, el régimen alcanzó una aplastante victoria sobre la oposición, lo cual le permitió a Perón comenzar con su segundo mandato presidencial en 1952. Con la llegada a la dirección de *Democracia* un mes antes de las elecciones del amigo personal de Perón, el periodista Américo Barrios, se operaron al interior del diario importantes cambios. Entre otros, el de colocar un colaborador propio en el extranjero. Al respecto, cabe destacar que existían coincidencias muy profundas entre las políticas articuladas desde la Subsecretaría de Informaciones y las de los medios de prensa oficialistas, al punto de que hasta podría hablarse de un trabajo en conjunto. En ese sentido, no puede soslayarse el hecho de que, a mediados de 1951, a partir del giro político del régimen, las embajadas argentinas en el extranjero lanzaron una política agresiva de difusión de las bondades de este, incorporando, en consecuencia, a su estructura interna muchos periodistas e intelectuales. En ese marco, el puesto de colaborador en el extranjero de *Democracia* fue precisamente cubierto por Ramos, quien se incorporó al diario cuando estaba de viaje por Europa. Se desempeñó como tal desde su ingreso al matutino hasta su regreso a la Argentina en 1953, año en que ingresó también como colaborador del suplemento cultural del diario *La Prensa*, y continuó escribiendo regularmente para dichos medios hasta el estallido del golpe de septiembre de 1955.¹¹

Durante el período que duró su colaboración en la prensa peronista nuestro autor se convirtió en una verdadera máquina de escritura. Escribir regularmente se transformó para él en una tarea definitoria de su rol como político e intelectual revolucionario. En

¹⁰ Summo (2010), 593-595.

¹¹ *Ibid.*, 596.

ese sentido, creemos que su praxis como publicista constituyó el espacio de experiencia en el que sus ideas, en pleno proceso de maduración, comenzarían a encontrarse con una realidad concreta sobre la cual asentarse.

En paralelo a sus colaboraciones en *Democracia* y *La Prensa*, Ramos participó del proyecto de la editorial Indoamérica. Su adscripción a un espacio con ese nombre, junto a la lista de publicaciones de la editorial, echan luz sobre su paulatino desplazamiento desde el trotskismo ortodoxo hacia interpretaciones cada vez más cercanas al nacionalismo antiimperialista de corte latinoamericanista. Esto resulta así más aún si se tiene en cuenta la denominación de su sello editorial anterior, Octubre, ligado a la tradición del marxismo clásico. La utilización del concepto Indoamérica remitía a la tradición inaugurada por el APRA peruano y retomada por FORJA en la Argentina de los años treinta. Con esta, el nacionalismo dejaba de ser tan solo una bandera de la derecha política para pasar a ser apropiada por cierta izquierda con vocación antiimperialista y, en algunos casos, continentalista. A partir de la adscripción a esa denominación, primero *Frente Obrero* y Ramos después se incluían de hecho en dicha tradición imbricándola con la del marxismo. Entre los libros publicados por Indoamérica, además de ciertos clásicos del marxismo como la *Historia de la revolución rusa*, de Trotsky, se encontraban *El porvenir de América Latina*, de Manuel Ugarte (con prólogo de Ramos); *Trotsky ante la revolución nacional latinoamericana*, de Juan Ramón Peñalosa (seudónimo utilizado en conjunto por Aurelio Narvaja y Adolfo Perelman, ambos de *Frente Obrero*); *Istmania o la unidad revolucionaria de Centroamérica*, del ex Presidente de Guatemala, Juan José Arévalo; *Adonde va Indoamérica?*, del líder aprista Haya de la Torre y *La farsa del panamericanismo y la unidad Indoamericana*, del peruano Ramírez Novoa. Además, en su plan de ediciones aparecían otros trabajos que no llegaron a publicarse, tales como un libro de Saúl Hecker sobre Manuel Ugarte, otro de Alfredo Terzaga sobre Lugones y una recopilación de documentos titulada *El APRA y la unidad de América Latina*.

Entre los años 1951 y 1953 comienza a observarse entonces la incorporación de nuevos tópicos en el trabajo político-intelectual del joven Ramos. Esto traería aparejadas ciertas incrustaciones conceptuales importantes en sus interpretaciones, las que agregarían a su

matriz teórico-política elementos de un marcado sesgo nacionalista. La transformación en cuestión cristalizaría tiempo después con la publicación del que resultaría su trabajo definitivo al respecto: *Crisis y resurrección de la literatura argentina* (1954), en el que aparece un Ramos bastante diferente al anterior. Allí nos encontramos con principios interpretativos más elaborados que dan cuenta de algunos cambios en su concepción de la acción política y de los procesos revolucionarios, que incidirían en sus posteriores interpretaciones tanto de la “cuestión nacional” latinoamericana como de los problemas de la cultura y el rol de los intelectuales en las colonias y “semicolonias” de la región, pero esa ya es otra historia y forma parte de otro momento de su itinerario.

La intensa actividad periodística desplegada en aquellos años junto a su labor como editor en Indoamérica le permitiría a Ramos, por un lado, extender el arco de sus intereses políticos e intelectuales y, por el otro, acercar sus ideas e interpretaciones a un público más amplio y diverso del que tradicionalmente lo leía. A la vez que instalarse de lleno en la lucha cultural.

“Imperialismo” y medios de comunicación

Como publicista de *Democracia*, nuestro autor se ocupaba de denunciar frecuentemente lo que consideraba eran las múltiples formas que revestía la política cultural “imperialista” en el subcontinente. Para ello, partía de la premisa de que, en las colonias y “semicolonias”, la explotación y el sometimiento económico y político habían sido acompañados de la destrucción sistemática de toda independencia cultural nacional: “El imperialismo no solamente ha impedido el desarrollo económico de los pueblos, estrangulado su industria y sofocado su soberanía política, sino que también ha devastado las fuentes mismas de la independencia cultural que debía marcar las fronteras ideológicas señaladas por la geografía sobre el Río Bravo”.¹²

Ahora bien, dicha devastación, que en los hechos implicaba una “europeización y alineación escandalosas de nuestra cultura”,¹³ se había implementado a través de la puesta en práctica de diferentes

¹² Víctor Almagro, “El imperialismo ha devastado las fuentes culturales latinoamericanas”, *Democracia*, 1° de octubre de 1953, 1.

¹³ Ramos (1954), 12.

estrategias, todas tendientes a apuntalar y garantizar la dominación del “imperialismo” en la región. En su esquema de razonamiento, los medios de comunicación, en tanto formadores de opinión, ocupaban un lugar importante en ese sentido. En esa línea, a la hora de analizar su relación con las potencias, los caracterizaba tajantemente de la siguiente forma:

El arte de distribuir noticias no está en manos de los Reyes Magos. La opinión pública orienta su interés por los asuntos mundiales de acuerdo con las corrientes informativas organizadas y matizadas por gigantescas corporaciones que ven en la noticia un arma temible de los conflictos de poder. La noticia, así, no es tan solo una mercadería: pertenece al arsenal ideológico de los diversos grupos imperialistas que legislan la suerte de las tres cuartas partes del mundo.¹⁴

Al interpretarlos lisa y llanamente como empresas capitalistas, por lo general concentradas y al servicio de intereses “imperialistas”, les negaba toda independencia y credibilidad política. La noticia era meramente mercancía, construida por periodistas pagos –agentes de la dominación “imperialista”– en función del sometimiento ideológico-cultural. En consecuencia, la tan mentada “libertad de prensa”, muy discutida en esos momentos, era simplemente una invención del liberalismo, un *leitmotiv* utilizado por las potencias para legitimar su dominación en el mundo colonial y “semicolonial” y a la vez atacar a quienes sostienen o apoyan a las “revoluciones nacionales” y, consecuentemente, el surgimiento de un pensamiento nacional.¹⁵ Su discurso en torno a esta cuestión resultaba complementario del de Descartes,¹⁶ quien, defendiendo al régimen frente a las acusaciones

¹⁴ Víctor Almagro, “Renovación de las conciencias: victoria de las revoluciones nacionales”, *Democracia*, 26 de noviembre de 1953, 1.

¹⁵ Víctor Almagro, “La ‘prensa seria’ del imperialismo opera como las fuerzas de ocupación”, *Democracia*, 14 de abril de 1954, 1. En este ensayo, Ramos atacaba a diarios latinoamericanos de orientación liberal como *El Mercurio*, de Chile o *La Prensa*, de la Argentina “en la era de los Paz”. Sobre sus interpretaciones en torno a la relación entre la prensa y el imperialismo pueden consultarse, además, de Víctor Almagro, “Una ideología de pastores de almas al servicio de los monopolios”, *Democracia*, 8 de septiembre de 1953, 1, y “En materia periodística, el capitalismo elude la difusión de ideas”, *Democracia*, 10 de septiembre de 1953, 1.

¹⁶ Seudónimo utilizado por Juan D. Perón para firmar los artículos que publicada semanalmente en el diario *Democracia*.

de “censura” y “autoritarismo” vertidas por la oposición –tanto interna como externa–, se expresaría reiteradamente en sus columnas en un sentido muy similar.¹⁷ Tanto en los artículos de Ramos como en los de Perón, nada se decía respecto de las cadenas gubernamentales de noticias que acaparaban los mercados nacionales controlándolos políticamente y difundiendo propaganda en favor de los regímenes a los cuales estaban adscriptos.¹⁸ Al dividir las aguas entre medios “nacionales” y “antinacionales” o entre una prensa al servicio del “imperialismo” y otra a favor de la “hora de los pueblos” o las “revoluciones nacionales”, se planteaba un escenario de polarización que obturaba la posibilidad de distinguir matices o ubicaciones intermedias al interior del campo periodístico. Por otra parte, en el caso particular del marxista Ramos, por su lugar en el diario, se perdía toda posibilidad de crítica o de distancia en torno a la prensa capitalista “nacional” enrolada con el oficialismo.

En lo que respecta al cine, su caracterización no resultaba muy diferente a la de la prensa escrita. Al respecto, subrayando su eficacia como herramienta de penetración cultural, interpretaba vínculos indisolubles entre este y el capital concentrado. Veamos cómo se expresaba en sus artículos de *La Prensa*:

Su enorme fuerza persuasiva, su eficacia didáctica fue comprendida desde el primer momento por la alta banca. Giannini, presidente del Banco de América, abrió el camino de las financiaciones (y de los controles invisibles) y tras él siguió todo Wall Street. Este fenómeno se manifestó sobre todo en Estados Unidos, cuya gigantesca fuerza expresiva exigía desde todos los ángulos la conjugación de las artes, del periodismo y de la cultura oficial para sofocar el pensamiento crítico de las masas. A diferencia de Europa, donde los estadistas poseen la delegación política de los asuntos de la gran industria, en Estados Unidos son los capitalistas pri-

¹⁷ Descartes, “La publicidad”, *Democracia*, 15 de marzo de 1951, 1. Como ejemplo de lo afirmado pueden consultarse, también de Descartes, “Política y soberanía”, *Democracia*, 22 de marzo de 1951, 1 y “La opinión pública”, *Democracia*, 22 de marzo de 1951, 1. En este último artículo, el autor argumentaba a favor del gobierno producto de la discusión que había desatado la expropiación del diario *La Prensa* perpetrada por este.

¹⁸ Véase Sirvén (1984); Ford y Rivera (1985), 24-45; Ulanovsky (2005), 95-167 y Plotkin (2007), 313-316.

vados quienes ejercen directamente su poder en todas las esferas. Los banqueros hicieron y dirigen el cine norteamericano.¹⁹

Estas lecturas de carácter instrumental, tanto del cine como de la prensa, resultaban simplistas y maniqueas, lo mismo que su visión de la “cultura” como un bloque, la cual, por otra parte, no distinguía esferas y niveles.

Ciencia, indigenismo y “balcanización cultural”

Además de los medios, para nuestro autor, los “imperialismos” utilizaban otros elementos a la hora de viabilizar su penetración cultural. Entre ellos, las ciencias sociales y humanas y el indigenismo. Veamos cómo se expresaba al momento de analizar el trabajo de una arqueóloga y etnóloga, hija de un renombrado empresario, con una comunidad indígena de Centro América:

Algunas publicaciones arqueológicas de Francia otorgan particular atención a un extraño experimento que se realiza en Costa Rica. Veremos como la arqueología (y tantas otras ciencias “desinteresadas”) se enlazan íntimamente con la política [...] La hija del director de la United Fruit Company intenta, no asimilar a este grupo insignificante de hombres a las ventajas técnicas y culturales de la civilización actual, sino segregarlos como comunidad aparte y cerrada de esta civilización, restaurar al semidestruido dialecto, enseñarlo a los hijos de los aborígenes y disociar así, aunque sea un pequeño grupo, de la vasta nación latinoamericana que ya tiene una lengua viviente y universal, que constituye justamente nuestra mejor defensa para la tarea balcanizadora del imperialismo. Así llegamos de lleno al corazón del problema del indigenismo, y de cómo el indigenismo en América Latina puede ser utilizado por las potencias imperialistas para debilitar la conciencia histórica de la nación latinoamericana.²⁰

¹⁹ Pablo Carvallo, “La crisis de un arte posible”, *La Prensa*, 6 de julio de 1952.

²⁰ Víctor Almagro, “Segregar al indígena, nuevo medio de disociación en Latinoamérica”,

En su concepción, hacer ciencia implicaba indefectiblemente hacer política. En ese sentido, no le otorgaba a la primera ninguna posibilidad de imparcialidad u objetividad, ya que la pensaba unilateralmente como subordinada a los intereses capitalistas. Su visión al respecto resultaba poco matizada y a la vez conspirativa, del mismo modo que su interpretación del indigenismo.²¹ Este era leído en clave meramente instrumental, en la medida en que se lo interpretaba como susceptible de ser utilizado por las potencias como herramienta “balcanizadora”. Por otra parte, su lectura se encontraba ligada además a la idea –ya presente en Marx y Engels– de que, por un lado, existen pueblos destinados a *hacer historia* y, por el otro, pueblos cuyo destino final es desaparecer o ser subsumidos o integrados en otras culturas o naciones. A estos, Engels los denominaba “pueblos sin historia”.²² Al referirse a ciertos grupos indígenas con el rótulo de “insignificantes”, dejaba traslucir esta cuestión. En él, primaba una interpretación del derecho a la autodeterminación de las naciones anclada en la idea de que, para poder constituirse como tal, un colectivo humano debía demostrar ser viable tanto económica como culturalmente. En esa línea, y sin definir desde lo teórico en forma precisa el significado exacto de *viabilidad*, no les otorgaba a estas comunidades el derecho a mantener sus dialectos, costumbres y tradiciones al margen de las del país que las contenía, como así tampoco la posibilidad de resistirse victoriosamente a ser subsumidos o integrados en la “nación latinoamericana”. La cual, por otra parte, era pensada como un todo compacto y homogéneo sin fisuras a su interior. Esa mirada omitía pensar la diversidad existente al interior del subcontinente en términos de tradiciones, culturas y proyectos políticos. Veamos cómo se manifestaba al respecto en otro de sus artículos:

Democracia, 6 de septiembre de 1953, 1.

²¹ En este punto, llama la atención el hecho de que Ramos no tuviese en cuenta el hecho de que muchos de los movimientos nacionales que defendía (por ejemplo, el boliviano) tenían componentes indigenistas.

²² Durante las revoluciones de 1848, Marx y Engels asumieron firmes posiciones frente a los problemas nacionales. Por “pueblos sin historia”, Engels entendía colectivos humanos que en su pasado no habían conseguido crear ningún sistema estatal vigoroso. Por tal motivo, estos ya no poseían para él posibilidad alguna de obtener su autonomía nacional en el futuro. Véase Rosdolsky, (1980), 10.

El propósito del movimiento que anima a la señora Stone es el de mantener las tribus en su pureza racial, con respeto por su idioma, sus costumbres y su religión [...] En una palabra, ayudar a la supervivencia de un pueblo en agonía [...] Los especialistas reconocen que los utensilios, elementos artísticos, tradiciones y otros componentes del folklore costarricense, son muy pobres, reveladores de una civilización que nunca llegó a su apogeo. Sin embargo, los plantadores de bananas de América Central consideran que esos despojos son suficientes para destacar que nuestro continente es un mosaico de nacionalidades, tradiciones selváticas y barbarie mítica, cuyas particularidades es necesario no solamente respetar, sino, como en este caso, restaurar, mantener y exaltar. Una buena prueba de nuestra pluralidad y de nuestra impotencia para constituir una sola y gran nación.²³

Al pensar a América Latina como una nación inconclusa, “balcanizada” por la acción de las potencias, en su concepción, el problema del indio solo podía ser resuelto por una triunfante revolución subcontinental que unificase política y económicamente la región, la cual garantizaría “su incorporación a la nacionalidad latinoamericana otorgándole todos los derechos para la vida civilizada”.²⁴ La resolución de la cuestión indígena quedaba entonces supeditada a la victoria de una revolución supuestamente en marcha, que integraría, aparentemente sin grandes conflictos, la diversidad étnico-cultural de la región a una nación todavía por construir.

El idioma “común” como estrategia política

En sus textos periodísticos, Ramos reivindicaba de manera consecuyente la defensa del idioma castellano, considerado como “vibrante y universal”, en tanto una de las estrategias de resistencia

²³ Víctor Almagro, “Enseñan dialectos para hacer olvidar el lenguaje del iberoamericanismo”, *Democracia*, 7 de septiembre de 1953, 1.

²⁴ Víctor Almagro, “El imperialismo estimula toda actividad para balcanizar al continente”, *Democracia*, 12 de mayo de 1954, 1.

más efectivas frente a la penetración cultural “imperialista”. En ese sentido, en otro de sus artículos se expresaba de la siguiente manera:

En Filipinas, en el presente período republicano independiente, el idioma inglés se ha extendido considerablemente en la vida comercial, cultural y urbana, pese a que el castellano continúa siendo formalmente la lengua oficial de la República. Solo muy recientemente, y con ayuda de las leyes Sotto y Magalona, el gobierno filipino acordó otorgar protección oficial al idioma español, que será enseñado en las escuelas públicas y privadas. Esta medida, provoca las resistencias fáciles de imaginar, pues hiere grandes intereses escudados en la propagación del idioma inglés. Pero nadie ignora en Filipinas y en América Latina que la consolidación de un idioma común, que abrazan más de doscientos millones de almas en este planeta, permite incluir a Filipinas en un formidable orbe cultural y también, quizás, en un gran destino.²⁵

Su defensa a ultranza del castellano y la importancia estratégica que le otorgaba en la construcción y consolidación de la futura gran nación latinoamericana soslayaba de facto la fuerte presencia de otros idiomas y dialectos hablados por grandes contingentes poblacionales del subcontinente.²⁶ Tales eran los casos del portugués, idioma oficial del país que cuenta con la mayor cantidad de habitantes en la región, y de lenguas como el guaraní, el quechua, el aymara, etcétera. Al primero lo caracterizaba, minimizando su importancia, como “una variedad dialectal del español”, mientras que definía a los segundos como: “lenguas indígenas que son más bien dialectos extraordinariamente pobres, ausentes de una literatura, instrumentos primitivos de comunicación entre comunidades”.²⁷

²⁵ Víctor Almagro, “La protección al idioma español abre para Filipinas un gran destino”, *Democracia*, 6 de diciembre de 1954, 1. En un ensayo anterior, referido también al caso filipino, se había pronunciado en la misma línea. Véase, de Víctor Almagro, “La ruina económica detuvo la expansión del idioma inglés en Filipinas”, *Democracia*, 3 de julio de 1953, 1.

²⁶ Para Ramos, el idioma era “*el vínculo humano y comercial esencial de una nación genuina*”. Véase Víctor Almagro, “Las revoluciones nacionales maduran en el marco de las confederaciones”, *Democracia*, 21 de julio de 1953, 1.

²⁷ Víctor Almagro, “La geografía no es ya factor decisivo para el progreso de los pueblos”, *Democracia*, 3 de mayo de 1954, 1.

En su esquema de razonamiento, en el que el lenguaje se convertía en un instrumento político e ideológico y en una de las zonas en la que se dirimían los conflictos culturales entre la “nación” en construcción y el “imperialismo”, los intelectuales latinoamericanos ocupaban un lugar central, puesto que resultaban los principales agentes encargados de llevar adelante la defensa del idioma español y su consolidación regional, en la perspectiva de construir una literatura y un pensamiento verdaderamente “nacionales”.²⁸

Intelectuales y “revolución nacional”

En *Crisis y resurrección de la literatura argentina*, Ramos profundizaba en su análisis de la penetración cultural “imperialista” en la región y ponía en discusión el papel de los intelectuales en dicho proceso. En su interpretación de la situación del espacio cultural argentino, trazaba una línea divisoria de carácter maniqueo entre los intelectuales “nacionales” y los “cipayos”, la cual hacía extensiva al análisis del espacio cultural latinoamericano. En esa línea, se refería a la relación de estos últimos con el “imperialismo” de la siguiente forma:

La presencia del imperialismo en dicho galimatías cultural no puede ser discutible, puesto que la vinculación ininterrumpida entre la intelectualidad cipaya y los órganos especializados de Europa y Estados Unidos garantiza la continuidad de un intercambio con saldo desfavorable para el país. Las distintas fundaciones o institutos extranjeros proveen los fondos o la fama internacional necesaria para que los escritores dóciles ingresen al círculo de los elegidos y orienten su obra dentro de los cauces prefijados. Nada genuinamente nacional o, por supuesto, revolucionario habrá de nacer de esta casta políglota.²⁹

El carácter subordinado de los intelectuales latinoamericanos en el mundo “imperialista” resultaba para él indiscutible. Su lectura no admitía opacidad alguna o lugares intermedios en términos de cómo

²⁸ El español era definido por Ramos como “un idioma románico ligado a la cultura occidental y que constituye el principal elemento coagulante de nuestro vasto país inconcluso”. Ídem.

²⁹ Ramos (1954), 12.

funcionaban los circuitos de legitimación y reconocimiento dentro del campo cultural. Las potencias controlaban a los intelectuales “dóviles” o “cipayos” a través de instituciones que les proveían de fondos para el ejercicio de su tarea e incluso, simbólicamente, mediante el otorgamiento de un lugar de fama. De esto se desprendía una interpretación polarizada con respecto a los roles que jugaban los hombres de ideas en la región. Existían, entonces, para él, solamente dos tipos de intelectuales en el subcontinente: los “colonizados” y los otros.³⁰ En ese sentido, su crítica teórico-política se consagraba a los más reconocidos del primer campo, una verdadera elite intelectual, a los cuales llamaba despectivamente “*intelligentsia*”, “santones letrados” o “mandarines”.³¹ En este punto, el antiintelectualismo de Ramos, que se presentaba desde un lugar de enunciación que remitía a la figura de un político revolucionario, resultaba extraño y paradójico, pues se trataba de un antiintelectualismo de intelectual.³² Veamos cómo se refería al problema en sus artículos de *La Prensa*:

El intelectual ha perdido su torre, cerca del cielo y lejos de las facciones: ¿cómo desinteresarse de la política si las bombas han destruido su ciudad, si su familia ha perecido, si su pasaporte es maldito o si el pan está racionado y las alambradas (reales o simbólicas) lo circundan todo? La tempestad no solo asoma en estos hechos perceptibles. En notas anteriores hemos estudiado esa otra devastación espiritual del ser de nuestro tiempo, que ha perdido sus viejas creencias sin encontrar otras nuevas o, en los casos peores, que ha visto desaparecer sus convicciones revolucionarias a medida que avanzaba la erosión burocrática en la sociedad soviética. En este cortejo de fantasmas reina el pánico. Pero el temor no enriquece la vida y, muy posiblemente, no añade varie-

³⁰ El autor hablaba de una “colonización pedagógica” perpetrada por el imperialismo sobre los intelectuales latinoamericanos, la cual había configurado una “cultura satélite” en la región que desechaba todo lo verdaderamente “nacional”. *Ibid.*, 10-16.

³¹ *Ibid.*, 9, 12 y 28. Resulta paradójico el hecho de que, para referirse despectivamente a los intelectuales latinoamericanos debido a su supuesto carácter “antinacional” y “colonizado”, Ramos utilizase términos europeos como “*intelligentsia*” y “mandarines”.

³² Esa actitud, que puede ser rastreada en el leninismo, pero también en la tradición del ensayismo latinoamericano de los años veinte, entraba en tensión con su admiración por la literatura europea del siglo XIX.

dad al arte. El mundo de hoy es el reino del miedo; el escritor ya no camina como un semidiós del ayer, sino como un hombre aterido que lleva una pluma en la mano y que no sabe en qué flanco hundirla.³³

Por otra parte, tanto su libro de 1954 como sus artículos periodísticos tenían como destinatario a un público presumiblemente también de intelectuales en formación, “la juventud argentina y latinoamericana”, a quienes pretendía sustraer de la influencia cultural “imperialista” llamándola a la construcción de una teoría de lo “nacional” que la combata y la erradique.³⁴ Esos trabajos contaban con una interpelación *juvenilista* muy marcada. Los llamados a la toma de conciencia y a la acción política revolucionaria estaban dirigidos fundamentalmente a ese sector estructuralmente indefinido de las sociedades latinoamericanas y no a la clase obrera. Con esto, sin abandonar en lo formal el internacionalismo proletario y el clasismo, Ramos se acercaba a posiciones más ligadas a las del aprismo, en que la “joven generación de trabajadores manuales e intelectuales de Latinoamérica” ocupaba un lugar central en la construcción de una alianza antiimperialista con vocación continentalista no necesariamente dirigida por la clase obrera. En su razonamiento, dicho colectivo resultaba fundamental en tanto agente no tutelado del cambio social y cultural: “La juventud ya no tiene ‘maestros’. Un poderoso espíritu crítico se incuba en la nueva generación”.³⁵

Ahora bien, los objetivos que proponía solo podían cumplirse a partir del triunfo de la “revolución nacional latinoamericana”: “la realización de la unidad política latinoamericana será el corolario natural de nuestra época y el nuevo punto de partida para un desarrollo triunfal de la cultura americana, nutrida en su suelo y, por eso mismo, universal”.³⁶ En ese sentido, alertaba a los intelectuales de su país de que ese proceso estaba en marcha y, a la vez, los convocaba

³³ Pablo Carvallo, “La herencia cultural y la clase trabajadora”, *La Prensa*, 22 de junio de 1952.

³⁴ Ramos (1954), 81. Cabe señalar que la editorial *Indoamérica* editaba una colección titulada “Biblioteca de la nueva generación”, que incluía los textos de Haya de la Torre y los Documentos del APRA anteriormente mencionados. Sobre el lugar de la juventud en la construcción aprista, véase Haya de la Torre (1930), 34.

³⁵ Pablo Carvallo, “Cartas de Romain Rolland a Gandhi”, *La Prensa*, 8 de junio de 1952.

³⁶ Ramos (1954), 82.

implícitamente a sumarse: “Para los escritores argentinos ha sonado la hora de enterarse que una revolución recorre el continente y que Europa ya nos ha dado cuanto podía esperarse de ella. La madurez espiritual e histórica de América Latina exige una segunda emancipación”.³⁷ Esa “revolución nacional” modificaría las condiciones de existencia de la región y, necesariamente, tendería a renovar la esfera de su conciencia, operación crítica que constituía uno de los prerequisites de su expansión y su victoria. A su vez, la renovación de la conciencia acarrearía por último la aparición de una cultura autónoma: “La primera y más radical manifestación de la aparición de una cultura propia es la afirmación de una conciencia nacional. Una teoría de lo nacional latinoamericano expresa ya la fundamentación de una cultura con rasgos autónomos”.³⁸

En su interpretación de la cultura, Ramos incluía algunos conceptos que poco tenían que ver con la tradición marxista. Partiendo de la premisa de que en los países subordinados los problemas que hacen a esa dimensión todavía no habían sido estudiados satisfactoriamente,³⁹ avanzaba en una renovación de sus herramientas conceptuales. Ese camino lo conduciría a un lugar intelectual en el que se encontraría a veces más cerca de los ensayistas antiimperialistas latinoamericanos de la década del veinte que del trotskismo ortodoxo de donde provenía y al que todavía tributaba.

En su trabajo, tomaba de Trotsky, citándolo como fuente de autoridad, su crítica al realismo socialista, pero se alejaba de él en lo que respecta a lo entendido por “cultura”. En la matriz intelectual de Ramos, lo cultural era remitido casi mecánicamente a lo “nacional”, entendido como una especie de esencia o sustrato común y no como una construcción social. En ese sentido, pretendía encauzar la promoción de una idea de cultura homogénea establecida a partir de un espíritu vernáculo, identificado como lo genuino o lo “verdadero”.⁴⁰ Veamos: “El fundamento primero de toda cultura, en el sentido moderno de la palabra y no por cierto

³⁷ *Ibid.*, 33.

³⁸ *Ibid.*, 81.

³⁹ *Ibid.*, 10.

⁴⁰ En su interpretación estaba presente la idea de que los pueblos latinoamericanos comparían la experiencia de una hibridación cultural entre las tradiciones legadas por España y las particularidades nacionales autóctonas. Dicha hibridación habría sido la constituyente de una cultura genuina del subcontinente.

en el dominio tecnológico, es una afirmación de la personalidad nacional, que tiende a propagarse en su primera fase en el ámbito de una ideología propia y que puede o no contener implicaciones estéticas inmediatas”.⁴¹ Como se observa, su definición de “cultura” –palabra que, a lo largo de toda la obra, era indistintamente utilizada como sinónimo de “espíritu”– se encontraba más ligada, en lo teórico, a una visión esencialista que materialista y, en lo político, al nacionalismo más que al marxismo clásico.

Ahora bien, como planteamos oportunamente, a partir de mediados de 1953, tanto la cultura como los intelectuales comenzaban a ocupar un lugar estratégico en el pensamiento de Ramos en términos de lo que se refiere a los procesos políticos, aun quizás de mayor relevancia que la propia lucha reivindicativa de los sectores populares o la clase obrera: “Pero ninguna revolución genuina consolidará su triunfo si no transforma su hegemonía política, transitoria por naturaleza, en hegemonía espiritual”.⁴² Además de obtener el poder, la revolución triunfante debía construir “hegemonía” y, en esa batalla cultural, los intelectuales tenían asignado un rol protagónico. Así como al proletariado le correspondía llevar adelante la “revolución nacional”, a sus intérpretes les correspondía realizar la crítica de la vieja cultura y la forja de una nueva:

La revolución popular argentina será inevitablemente derrotada si no consigue superar el primitivismo de sus fórmulas originarias y batir en su propio campo a la ideología de la oligarquía imperialista. Esta victoria intelectual de la revolución contribuirá poderosamente no solo a transformar en resurrección la crisis literaria argentina, sino a entregar a la clase trabajadora la herencia política y espiritual que la historia le señala.⁴³

Aquí se nos presenta un autor con una cierta impronta o preocupaciones gramscianas,⁴⁴ un Ramos diferente al anterior a 1953,

⁴¹ Ramos (1954), 10.

⁴² *Ibid.*, p. 82.

⁴³ *Ídem.*

⁴⁴ En esos momentos, las preocupaciones político-intelectuales de Ramos no resultan para nada diferentes de las del Gramsci de los *Cuadernos de la cárcel*: la creación de un nuevo Estado, la hegemonía en este de la clase obrera, la función de los intelectuales en esa nueva sociedad y la creación de una cultura integral que correspondiese a su estructura. Si bien,

más influenciado este por la concepción leninista-trotskista de los procesos revolucionarios. Tal vez porque su visión de la cultura es por momentos esquemática, esta planteaba la lucha directa contra las relaciones de propiedad que viabilizan la explotación económica e impugnaba al estado burgués desde una visión unilateral que lo percibía como un orden fundamentalmente “político-militar”. El Estado comprendía, para quienes adscribían a esa tradición, lo ideológico, pero en su análisis se lo reducía meramente a “propaganda manipuladora”. Su visión de la lucha ideológico-cultural resultaba entonces utilitaria y militante y restringida a la lucha política en las regiones de la superestructura. Al adoptar nuevas herramientas conceptuales, Ramos se acercaba, sin abandonar del todo la tradición de la cual se reivindicaba tributario, a una interpretación diferente de los procesos revolucionarios. La revolución dejaba de ser meramente un asalto al poder o un vuelco repentino de una determinada situación para transformarse en un proceso de construcción social prolongado, surcado por múltiples mediaciones y atravesado por avances, retrocesos y “desvíos”, donde la construcción de hegemonía resultaba fundamental. Al colocar la lucha revolucionaria también en el plano de la cultura y al otorgarle a esta dimensión un lugar privilegiado, no solo en el análisis, sino también en la práctica política, comenzaba a dejar de lado los esquemas del tipo estrechamente jacobinos para acercarse a otros menos ortodoxos. Plantear una batalla cultural contra la ideología “imperialista” y sus agentes intelectuales “cipayos”, que involucrara a la vez la construcción de una teoría de lo “nacional” latinoamericano, implicaba por lo menos preguntarse por la “guerra de posiciones” en tanto camino útil de avance sobre el poder constituido. Con la formulación intelectual y política de preguntas de ese tipo y con su consecuente intento de responderlas incorporando a su matriz intelectual nuevas herramientas conceptuales, Ramos se iba separando cada vez más de su tradición original y contribuyendo a la construcción de una nueva.

por obvias razones, nos resulta imposible demostrar que lo leía, pensamos que ya para ese entonces había tenido contacto con la obra del intelectual italiano, sobre todo a partir de su paso por Italia durante su viaje a Europa de 1951-1953. Atento como era a todo lo que tuviese que ver con la evolución de las grandes corrientes culturales del mundo, no resulta extraño que Ramos conociera sus escritos.

Conclusiones

Dentro de una tradición teórica indiscutiblemente magra como la acumulada por el marxismo latinoamericano, las interpretaciones de Jorge Abelardo Ramos en el período que nos ocupa representan una fuente de eventuales aportes, pero, especialmente, de reflexiones difícilmente descartables para quienes se propongan pensar la realidad del subcontinente. En ese sentido, no puede soslayarse que el carácter exiguo de la tradición que las contiene tuvo que ver, entre otras cosas, con una serie de obstáculos y problemas no solo epistemológicos, que pesaban inevitablemente sobre sus posibilidades creativas. De allí que la comprensión del pensamiento del Ramos publicista de *La Prensa y Democracia* en torno a los problemas de la nación, la cultura y los intelectuales no pueda prescindir de un conjunto de circunstancias teóricas, políticas e institucionales que operaron como condicionantes de su producción intelectual. Al respecto, merecen destacarse, por un lado, su adscripción a una tradición teórica débil en términos de su atención a las particularidades del subcontinente y, por el otro, la importante presencia política de los movimientos nacionales latinoamericanos a partir de los cuales la clase obrera de los distintos países de la región tendía mayoritariamente a expresarse. Ambas cuestiones obligaban a los marxistas latinoamericanos de la época no solo a reflexionar críticamente sobre su realidad particular, sino también a innovar en términos de respuestas políticas frente a ella. Y, si desde los escritos de Marx sobre Bolívar hasta los del último Trotsky sobre Latinoamérica pueden rastrear-se los efectos de una tensión teórica y la necesidad de actualizar un corpus para el análisis de una realidad diferente a la europea, en el caso de los intelectuales marxistas que eran interpelados en esos momentos por la nueva situación del subcontinente, esas dificultades se encontraban sobredeterminadas no solo por la frecuente relación de exterioridad entre la teoría marxista y el movimiento obrero de la región, sino también por la irrupción de los regímenes populistas al nivel del mismo.

En aquellos primeros años de la década de 1950, la tradición teórica en cuestión resultaba susceptible de ser problematizada por este intelectual orgánico de un partido inexistente que, a la par, redefinía su adscripción y sumaba su contribución al marxismo en el

marco del devenir de una transición iniciada tiempo antes en su pensamiento y definida, en lo político, por su postura de “apoyo crítico” al peronismo, entendido como un pilar fundamental de la “revolución nacional latinoamericana”. Contribuían a ello situaciones como la erosión de la influencia, en el seno de las izquierdas, del hegemónico estalinismo, lo cual brindaba la posibilidad de trabajar intelectual y políticamente sobre los sectores que quedaban libres de su impronta; la creciente fragmentación del movimiento trotskista internacional a partir de la muerte de Trotsky, que conducía inexorablemente a los trotskistas —ya sin su maestro— a elaborar creativamente nuevas interpretaciones frente a las nuevas realidades y la aparición en escena de los movimientos de liberación nacional, lo cual obligaba a los intelectuales marxistas a posicionarse sin ambigüedades frente a ellos. En ese contexto, los textos de Ramos que hemos analizado serían concebidos en un clima de producción intelectual en el que resultaba posible desarrollar un cuerpo de hipótesis originales claramente inspiradas en vertientes ajenas a la veneración oficial del marxismo-leninismo soviético e incluso del trotskismo ortodoxo, agrupado en una IV Internacional extremadamente débil y poco influyente. No obstante ello, esas mismas hipótesis resultarían en su momento condenadas por el amplio abanico de la izquierda tradicional argentina que las calificaría de “oportunistas”, uno de los peores estigmas con que contaba el arsenal demonizador de socialistas, comunistas y cuartointernacionalistas. Como observamos, no faltaban estímulos ni un escenario problemático adecuado para el análisis del problema de la nación en la época y en el país en que nuestro autor llevaba paulatinamente a cabo su ajuste de cuentas con la tradición de la cual se reivindicaba tributario. En ese sentido, su producción teórico-política se desplegaría desde un suelo marxista, cuyos lineamientos esenciales hemos intentado recomponer para, a partir de la puesta en tensión de dicho corpus, ir incorporando elementos del nacionalismo antiimperialista de corte latinoamericanista a su matriz de pensamiento.

En el presente estudio hemos reconstruido un momento del trayecto teórico-político de Ramos a través del análisis de sus artículos periodísticos publicados en *Democracia* y *La Prensa*, los cuales a la vez dan cuenta de la transición operada en su pensamiento a partir del advenimiento del peronismo. Se ha presentado una serie

de elementos a los efectos de mostrar los cambios acaecidos en sus interpretaciones en torno a América Latina, su “cuestión nacional” y el problema de la cultura en el marco de dicha transición, relacionándolos con la lógica de la política. Se ha demostrado que, en ese período, Ramos no cuenta en su matriz intelectual con una acabada teoría de la nación y de la cultura sino más bien con aproximaciones interpretativas al respecto, las cuales aparecen muchas veces en sus textos bajo la forma de tensiones teóricas. Estas obedecen al hecho de que, en la medida en que interpreta el peronismo, piensa los problemas en cuestión y actúa políticamente. En ese sentido, sus zigzagueos y desplazamientos teórico-políticos, como así también las resignificaciones, omisiones o incrustaciones en su matriz de análisis, deben ser interpretados atendiendo a los conflictos y los vaivenes que generaba la lucha política coyuntural, puesto que, si pretendiésemos buscar en él una linealidad pura y exclusivamente conceptual, estos se nos presentarían como inexplicables. De esta manera, la paulatina imbricación de marxismo y nacionalismo en un mismo pensamiento lo conduciría paulatinamente al abandono de la tradición en la cual se había formado como marxista y a la articulación junto a otros autores de una nueva: la de la posteriormente llamada “izquierda nacional”. Por último, sus interpretaciones de 1951-1955 adelantarían y simultáneamente contribuirían a forjar, en gran medida, la orientación que tomaría a posteriori gran parte de las culturas políticas de las izquierdas en la Argentina: ruptura con el legado ideológico del liberalismo –componente central de lo que se consideraba la “tradición progresista” hasta los años cincuenta– y búsqueda de una fusión entre socialismo y nacionalismo a partir del antiimperialismo latinoamericanista entendido como punto de encuentro entre ambas ideologías.

REFERENCIAS

- ACHA, Omar, *La nación futura: Rodolfo Puiggrós en las encrucijadas argentinas del siglo XX*, Buenos Aires, Eudeba, 2006.
- ALTMIRANO, Carlos, *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Temas, 2001.
- ARICÓ, José, *Marx y América Latina*, Buenos Aires, Catálogos, 1988.
- BLOOM, Salomon, *El mundo de las naciones: el problema nacional en Marx*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1975.
- COGGIOLA, Osvaldo, *Historia del trotskismo en Argentina y América Latina*, Buenos Aires, Razón y Revolución, 2006.
- DA ORDEN, María Liliana y Julio MELON PIRRO (comps.), *Prensa y peronismo: discursos, prácticas, empresas (1943-1958)*, Rosario, Prohistoria, 2007.
- DAVIS, Horace, *Nacionalismo y socialismo: teorías marxistas y laboristas sobre el nacionalismo hasta 1917*, Barcelona, Península, 1972.
- DEVOTO, Fernando, "Reflexiones en torno de la izquierda nacional y la historiografía", en Fernando Devoto y Nora Pagano (eds.), *La historiografía académica y la historiografía militante en la Argentina y Uruguay*, Buenos Aires, Biblos, 2004, 107-131.
- DUSSELL, Enrique, *El último Marx (1863-1882) y la liberación latinoamericana*, México, Siglo XXI, 1990.
- FORD, Aníbal y Jorge B. RIVERA, "Los medios masivos de comunicación en la Argentina", en Aníbal Ford y Jorge B. Rivera (comps.), *Medios de comunicación y cultura popular*, Buenos Aires, Legasa, 1985, 24-45.
- FRONDIZI, Silvio, *La realidad argentina: ensayo de interpretación sociológica*, Tomo II, Buenos Aires, Praxis, 1956.
- FUNES, Patricia, *Salvar la nación: intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*, Buenos Aires, Prometeo, 2006.
- GALASSO, Norberto, *La izquierda nacional y el FIP*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.
- , *Aportes críticos para una historia de la izquierda en la Argentina*, Buenos Aires, Nuevos Rumbos, 2007, 2 vol.
- GONZÁLEZ, Ernesto (coord.), *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina*, Buenos Aires, Antídoto, 1995, 2 vol.
- GRACIANO, Osvaldo, *Entre la torre de marfil y el compromiso político. Intelectuales de izquierda en la Argentina (1918-1955)*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2008.
- GUERBEROF, Alberto, *Izquierda colonial y socialismo criollo*, Buenos Aires, Mar Dulce, 1985.
- HALPERIN DONGHI, Tulio, *El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.
- HAUPT, Georges, Michael LÖWY y Claudie WEILL (comps.), *Los marxistas y la cuestión nacional. La historia del problema y el problema de la historia*, Barcelona, Fontamara, 1982.
- HAYA DE LA TORRE, Víctor, "El aprismo es una doctrina completa y un método de acción realista", en *Ideario y acción aprista*, Buenos Aires, Claridad, 1930.
- JUSTO, Liborio, *Estrategia revolucionaria: la lucha por la unidad y la liberación nacional y social de la América Latina*, Buenos Aires, Gure, 1957.
- LEVRERO, Renato, "Marx, Engels y la cuestión nacional", en Karl Marx y Friedrich Engels, *Imperio y colonia: escritos sobre Irlanda*, México, Pasado y Presente, 1979, 13-55.
- , ¿Patrias o planetas? *Nacionalismos e internacionalismos: de Marx a nuestros días*, Rosario, Homo Sapiens, 1998.
- MADARIAGA, José Luis, *¿Qué es la Izquierda Nacional?*, Buenos Aires, IN, 1969.
- MÁRMORA, Leopoldo, *El concepto socialista de nación*, México, Pasado y Presente, 1986.
- METHOL FERRÉ, Alberto *La Izquierda Nacional en la Argentina*, Buenos Aires, Coyoacán, 1961.
- PEÑA, Milciades, *Industria, burguesía industrial y liberación nacional*, Buenos Aires, Fichas, 1974.
- PLOTKIN, Mariano, *Mañana es San Perón: propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*, Buenos Aires, Eduntref, 2007.
- RAMOS, Jorge Abelardo, *América Latina: un país*, Buenos Aires, Octubre, 1949.
- , *Crisis y resurrección de la literatura argentina*, Buenos Aires, Indoamérica, 1954.
- REIN, Raanan y Claudio PANELLA

- (comps.), *Peronismo y prensa escrita: abordajes, miradas e interpretaciones nacionales y extranjeras*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2008.
- , *Cultura para todo: el suplemento cultural de La Prensa cegetista (1951-1955)*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2013.
- ROSDOLSKY, Roman, *Friedrich Engels y el problema de los pueblos sin historia*, México, Cuadernos de Pasado y Presente, 1980.
- SIGAL, Silvia, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.
- SIRVÉN, Pablo, *Perón y los medios de comunicación (1943-1955)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984.
- SPLIMBERGO, Jorge Enea, *El socialismo en la Argentina*, Buenos Aires, Octubre, 1974.
- SUMMO, Marcelo, “Apuntes para la reflexión sobre las revoluciones nacionales. Jorge Abelardo Ramos como publicista del diario *Democracia* (1951-1955)”, *Investigaciones y Ensayos*, 2010, N° 59, 285-314.
- , “Peronismo e intelectuales. Abelardo Ramos como intérprete de la cuestión nacional latinoamericana”, *Anuario del Centro de Estudios Históricos “Profesor Carlos S. A. Segreti”*, 2011, año 11, N° 11, 247-260.
- TARCUS, Horacio, *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996.
- TARCUS, Horacio (dir.), *Diccionario biográfico de la izquierda argentina: de los anarquistas a la “nueva izquierda” (1870-1976)*, Buenos Aires, Emecé, 2007.
- TERÁN, Oscar, *Nuestros años sesentas*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1993.
- ULANOVSKY, Carlos, *Parén las rotativas: diarios, revistas y periodistas (1920-1969)*, Buenos Aires, Emecé, 2005.
- WILLIAMS, Raymond, *Marxismo y literatura*, Buenos Aires, Las Cuarenta, 2009.

